

Londres y me encaminé al centro de la ciudad.

Cuando llegué á Fleet-Street ya había comenzado el gran movimiento.

Entonces ví lo que era Londres.



II

SOBRE las dos aceras de la calle se oprimía la gente como á la salida de un teatro, y no se veían grupos ni reuniones, ni nadie gritaba ni gesticulaba; iban todos en silencio, aprovechando cada cual el más pequeño espacio para ponerse delante de los demás, hurtándose los unos á los otros sin volverse. Por medio de la calle pasaba larguísima fila de ómnibus de varios colores, como carrozas de Carnaval, con una especie de escalera de asientos delante, que se ensancha de abajo á arriba, llevando así á los viajeros en forma de abanico; los más bajos casi en tierra, los más altos casi al nivel de los primeros pisos de las casas, y saliendo hacia afuera como si fuesen colgados.

Entre los ómnibus, por ambos lados, una confusión indescriptible de carros, coches, *cabs*, carretas, carretelas y carruajes cubiertos de anuncios, vehículos de todas

clases á tres, á cinco y aun á ocho de frente; los caballos de unos con los belfos en la cola de los otros, los cubos de las ruedas tocándose; y un continuo evitarse á fuerza de culebrear, un formarse y deshacerse sin cesar: intrincados grupos de docenas de vehiculos, que hacen temer á cada momento que vayan á estrellarse y despedazarse entre sí, como ruedas de máquinas descompuestas, por violento choque. Entre los carruajes, á lo largo de las aceras, mozos de cordel cargados, muchachos con carritos de mano, largas filas de hombres con cartelones de anuncios colgados al cuello, muy preocupados en salvar la vida. Á cada encrucijada, aquel inmenso torrente de hombres y de cosas desemboca en anchos canales, recibe afluentes, se dilata y se detiene en plazas y patios, se filtra en las callejuelas y en los callejones sin salida, en arroyos tortuosos que se pierden entre las casas.

Mientras sigo adelante, empujado por la corriente, siento un silbido agudo sobre mi cabeza; alzo los ojos y veo pasar un tren sobre un alto puente que cabalga sobre la calle. Apenas ha pasado este tren, oigo un silbido de otro lado y veo volar otro sobre

los tejados de las casas vecinas. En el mismo momento, por la parte opuesta, sale densa nube de humo de ancha abertura de la tierra: es el ferrocarril subterráneo, que, pasando un instante al descubierto, silba un saludo á la luz. Llego á la embocadura de una ancha calle, veo en lontananza el Támesis y los puentes; sobre estos puentes otros trenes que se siguen y se cruzan; bajo los arcos, buques de vapor que inclinan, al pasar, sus chimeneas, como grandes árboles encorvados por el viento; largas hileras de barcos remolcados por vaporcitos; enjambres de balsas y de botes; y á lo largo de los parapetos de los puentes, procesiones de gente que desaparecen en la orilla opuesta.

Siguiendo adelanté, otras calles, cuyo fin no se ve, flanqueadas por edificios enormes y ocupadas por otros torrentes de gente. Y por todas partes, el ruido de los puentes de hierro temblando bajo el peso de larguísimos trenes; silbidos, bocanadas de humo, soplos ardientes sobre mi cabeza, debajo de mis pies, cerca y lejos, en la tierra, en el aire y en el agua; una lucha, una furia de cosas que parten y de cosas que llegan; una continuidad de fugas, de

encuentros, de persecuciones, acompañados por estrépito de choques, de crugidos, de temblores; el desorden de una gran batalla y el orden de una inmensa fábrica; y además la oscuridad del cielo, lo tétrico de los edificios, el silencio de la muchedumbre, la seriedad de los semblantes, que da al espectáculo no sé qué aspecto misterioso y dolorido, como si aquel inmenso movimiento fuese una necesidad fatal y aquel inmenso trabajo un suplicio de condenados. Fatigado y aturdido, me metí en una cervecería, y dando un gran suspiro, me pregunté:—¿Pero qué mundo es éste?—¿Cómo se puede vivir de esta manera?

Poco después volví á ponerme en camino y llegué á la plaza de Trafalgar, que está en el centro del barrio más frecuentado por los extranjeros. Me gustó la altísima columna que sostiene la estatua del valiente Nelson y admiré los cuatro enormes leones que la rodean; pero el *square*, acaso porque lo comparé á la plaza de la Concordia de París, me pareció muy inferior á lo que yo esperaba. Aquel es el punto de encuentro de todos los ómnibus de Londres, y con esto basta para comprender la batahola que habrá. Baste decir que me dió

una tentación de risa pensando en lo que en el Corso de Roma, en la calle de Toledo de Nápoles, y en ciertas calles de Génova, llamamos *gran movimiento*, que es, al lado de éste, un tranquilo ir y venir de un pueblecillo en día de fiesta. Enfilé la gran calle de *Vitthehall*, fui á dar en la plaza del palacio del Parlamento, y de allí me dirigí al puente de Westminster.

El golpe de vista que allí se disfruta es el más hermoso de Londres y sobrepaja á todos los panoramas de los puentes del Sena. Á un lado, el grande y delicado palacio gótico del Parlamento, coronado de innumerables torrecillas y adornado de mil estatuas de reinas y reyes, detrás del cual se levantan las torres de la Abadía de Westminster, el Panteón de Inglaterra; en la otra orilla, los ocho graciosos edificios del hospital de San Jaime, pintados de vivos colores; y al extremo del río, un anchuroso y alegre horizonte. En aquel sitio parece que se está en otro Londres: hay una cierta majestad serena de ciudad meridional. El Támesis, surcado por pocos botes de vapor y contadas barcas, corre silencioso delante del monumento que representa el poder y las glorias de Inglate-

rra, como inmenso ejército que desfila delante de su príncipe; en el fondo de este espacio claro y tranquilo, se ven, á lo lejos, como á través de un velo, los edificios oscuros y confusos, los puentes que hormiguean de gente y el denso humo de la vieja Londres, que se mueve y trabaja.

Estando en aquel puente observé, por primera vez, que cuando hay un poco de movimiento en las calles, muchas personas, entre ellas algunos caballeros, se remangan el pantalón como los campesinos, y otros muchos llevan vistosos ramos de flores en el ojal. Y confieso que no pude dejar de reirme al ver, como he visto, á un sujeto de rostro extraordinariamente serio, que reunía en su persona el ramillete en el ojal y los pantalones remangados.

Habiendo vuelto á la margen izquierda del Támesis, vagué por las calles principales con un plano en la mano, sin tener necesidad de preguntar nada á nadie.

No puede decirse con precisión cuál sea el aspecto de las calles de Londres. Ninguna ciudad presenta tan discordante variedad de formas, tan caprichosa mezcla de lo bello, lo feo, lo magnífico, lo pobre, lo triste, lo extraño, lo grande y lo sucio.

Parece al extranjero una ciudad nueva, en su conjunto, pero compuesta de otras muchas ciudades conocidas, á las que se ha dado un tinte común para ocultar la diversidad de sus respectivos orígenes. Las arquitecturas de todos los tiempos y de todos los países están aquí reunidas, sobrepuestas y enlazadas. En una misma calle alternan el género árabe, el bizantino, el gótico, el greco-romano y los varios estilos ingleses; un mismo edificio tiene ventanas ojivales y peristilo griego, columnitas moriscas y cariátides del Renacimiento, techo de pagoda india y muros de templo egipcio. En cada esquina se ve algo que transporta la imaginación á mil leguas de distancia del lugar en que uno se encuentra. En un sitio hay cierta confusa reminiscencia de Venecia, en otro una vaga semejanza de Roma, aquí viene á la memoria Sevilla, allá Colonia, y un poco más lejos, parece que estamos en una calle de París.

Todas estas formas, ya conocidas, ennegrecidas por el humo y la niebla, parece que se han tornado más austeras, y se hallan como entristecidas al encontrarse lejos de su país originario, y aburridas de aquella densa atmósfera, de aquel ruido y

del espectáculo de aquella vida fatigosa. Además, aquella variedad de columnas, de frontones, de torrecillas, de relieves, de adornos y de formas monumentales resulta cansada y recargada. Todo aquel arte tiene la apariencia de una cosa importada y que está allí fuera de su sitio. Es un colmo, un despilfarro de riqueza y de lujo, un esfuerzo de ostentación. Se ve á la ciudad opulenta que ha comprado la belleza á peso de oro y se percibe un tanto á la comerciante retocada y restaurada.

Estas calles flanqueadas de palacios de príncipes, contrastan con otras calles larguísimas, limitadas por casas todas de un color, de una altura, de una forma, con el tejado oculto detrás de los muros, de tal modo, que parecen sin tejado; sin persianas, sin balcones, desnudas como bastión de muralla, negras como boca de chimenea, con las puertas y las ventanas contorneadas de filetes blancos, que les dan el aspecto de enormes catafalcos; en otras partes, de un negro rojo obscuro y de un amarillo viscoso, hasta el punto de parecer hechas de fango y hollín; y se sigue adelante entre estos colores y estas paredes durante millas y millas, sin encontrar ni

un solo edificio que rompa esta uniformidad melancólica, ni una sola casa que recuerde la ciudad rica y opulenta.

Pero, por el contrario, la riqueza y la magnificencia de los barrios ricos aturden. Á cada paso os encontráis delante de un inmenso palacio, cargado de bajo-relieves y de adornos, y pensáis que es un palacio real, y es muchas veces una estación de ferrocarril, una fonda ó una casa de comercio. Calles enteras tienen ambos lados guarnecidos de estos espléndidos colosos, cada uno de los cuales, mirado desde el extremo opuesto del que está, parece ya muy lejano y muestra vagamente su obscura mole á través de la niebla, como enorme roca tallada á pico. Lo grandioso, que en otra ciudad está diseminado y necesita buscarse, nos rodea aquí; y lo que, en otra población pasa por soberbio, traído aquí con la imaginación, se pierde en la inmensidad. Atravesáis barrios monumentales; pasáis de una ciudad de palacios, silenciosa como si estuviera deshabitada, á una ciudad de fábricas en la que oís mil ruidos sin ver á nadie; y de ésta á un gran barrio donde hormiguea un inmenso pueblo y apenas se oye ruido, y al salir de allí volvéis

á otra ciudad de palacios y jardines. No vagáis por una población; viajáis á través de un país.

¿Quién puede contar las mil impresiones fugitivas que se sienten paseando solitario á través de una ciudad como Londres? La admiración se siente como por accesos, y entre uno y otro, no se experimenta más que aburrimiento y cansancio. Se pregunta uno á sí mismo diez veces cada hora:—¿Es este el placer de viajar?—¿Me divierto yo acaso?

Á veces nos asalta el temor de caer enfermos en medio de la calle, de ser provocados sin saber por quién y llevados no se sabe dónde. En ciertos sitios se encuentran analogías misteriosas de lugares, de circunstancias y de personas, hasta el punto de que os parece haber estado otra vez en el mismo sitio, á la misma hora, con la misma luz del sol y el mismo olor del aire, en una época lejana. En algunos momentos os acomete una alegría inmotivada, un súbito amor al país en que os encontráis, que os hace mirar con buenos ojos á todos los transeúntes, como si fuesen amigos. En otros momentos, una mirada sospechosa, una respuesta brusca de un desconocido,

cambia vuestro ánimo, os hace verlo todo negro y os hace odioso el país. El sordo plañidero de un organillo, en ciertas calles oscuras y populosas, os hace pensar confusamente en los infinitos misterios de miseria y delitos que se ocultan en aquellos inmensos hormigueros humanos, y os hace desear ardientemente veros fuera de allí, al aire libre, en una quinta solitaria que habéis visto de pasada hace diez años por la ventanilla de una diligencia.

Á cierta hora, encontrándome cerca de una estación, quise hacer una excursión por el camino de hierro subterráneo. Bajé dos ó tres escaleras y me ví transportado repentinamente del día á la noche; luces, gente, ruido, trenes que llegan y desaparecen en la obscuridad. Llega el mío, se detiene, unos se precipitan fuera, otros saltan en los vagones; mientras pregunto dónde está la segunda clase, marcha el tren.—¿Pero qué es esto?—dije á un empleado.—No se aturda—me contestó;—aquí está otro. Allí los trenes no se suceden, se persiguen, llega el otro tren, monto, y arranca como una flecha.

Ahora comienza un espectáculo nuevo. Corremos entre los cimientos de la ciudad,

en lo desconocido. De pronto se sumerge en la noche oscura, después se ve por un instante la pálida luz del día, otra vez la obscuridad interrumpida aquí y allí por extrañas claridades; después, entre las mil luces de una estación que aparece y desaparece en un momento, trenes que pasan y no se ven; una parada imprevista, las mil caras de la multitud que espera, iluminadas como por el resplandor de un incendio; y después vuelta otra vez á marchar entre un ruido ensordecedor de portezuelas que se cierran, de campanas, de respiración de máquinas; más obscuridad, más trenes, más vislumbres del día, otras estaciones iluminadas, otras turbas que pasan, que llegan, que se alejan, hasta que paramos en la última estación; me precipito fuera, el tren desaparece, me empujan hacia una puerta y me hacen subir una escalera; me encuentro de nuevo á la luz del día... ¿Pero dónde estoy? ¿Qué población es ésta? ¿Cómo saldré de aquí? Despacio. Vamos un rato á la cervecería á estudiar el plano.

Después de un detenido estudio, logré encontrar el camino del *Museo Británico*, que era el que excitaba más mi curiosidad entre todos los Museos de Londres. Atra-

vesé de prisa las inmensas salas de la escultura, las salas egipcias y las asirias, y me detuve en la sala de los manuscritos á contemplar un contrato de Shakespeare, y el contrato de venta del *Paraiso Perdido* y los demás innumerables autógrafos de los más grandes artistas y de los más grandes monarcas del mundo. Pero, entre todos aquellos autógrafos, sólo dos me conmovieron profundamente y no pude apartar los ojos de ellos en algún tiempo. Son dos hojas pequeñas, en una de las cuales hay escrita una suma, y en la otra trazados algunos círculos, unos colocados en línea recta en el centro y otros reunidos en un ángulo; tanto la suma como los círculos parecen hechos de prisa por una mano algo agitada. Estas dos hojas de papel son, con seguridad, entre las muchísimas del Museo, aquellas que fueron escritas y dibujadas en el momento más solemne. ¡Quién hubiera podido ver en el alma de aquellos dos hombres en el momento que escribían aquellos números y aquellos círculos, la tempestad que los agitaba! Los números representan las fuerzas del ejército inglés poco antes de la batalla de Waterlloo; los círculos representan las naves de las escuadras inglesa

y francesa, y fueron trazados poco antes de la batalla de Aboukir; la suma es de Wellington. El dibujo, de Nelson. Manuscritos de Galileo, de Newton, de Miguel Ángel, de Flanklin, de Wáshington, de Molière, de Carlos V, de Pedro el Grande, de Durrero, de Lutero, del Tasso, de Rousseau, de Cromwell: hay para dar y guardar.

Pero hé aquí una cosa extraña: mientras que ahora no sé lo que daría por tener á la vista una de aquellas cartas, entonces, que no tenía más que inclinarme para verlas, no sentía ni una sombra de curiosidad; y lo que es más extraño, preveía y estaba seguro de que me había de arrepentir de no haber mirado. Me echaba en cara y me preguntaba á mí mismo:—Pero, ¿por qué no eres curioso?—y contestaba:—No lo sé; y sentía una maldita gana de seguir adelante, y eché á correr por aquellas salas con bárbara indiferencia hacia todos aquellos tesoros, entre los que se podría pasar un mes en continua sucesión de placeres.

Al salir del Museo, oí pronunciar ciertas palabras á un desconocido que iba á entrar:—¡Oh, dulcísima lengua!—dije entre mí; y me detuve á mirar al desconocido, que parecía un obrero y acompañaba á una

señora que tenía trazas de ser su mujer. Notó que me había vuelto; se volvió él también, y como me sorprendió sonriendo, ¡véase qué coincidencia! en lugar de comprender que yo era un compatriota suyo, perdido en el gran mar de Londres, y que sus palabras me habían alegrado el corazón, y que, si me hubiera atrevido, lo habría convidado á almorzar con mucho gusto,—¿no se le metió en la cabeza que había guiñado el ojo á su mujer, y no me respondió á mi suave mirada echándome unos ojos de basilisco?—y al ver que yo continuaba mirando, ¿no dió un paso adelante con aire de venir á pegarme un testarazo?—¡Ingrato lombardo!—murmuré tristemente, volviendo á tomar mi camino;—me has dado una estocada en el corazón. Pero vete: en gracia al amor de nuestra madre común, te perdono.

*
* *

Antes de la noche quise dar un paseo por el ferrocarril aéreo y tomé billete de ida y vuelta para un punto cualquiera de la ciudad. Es un placer completamente diverso, pero no menos vivo, que el de la excursión subterránea. Se corre por entre

tejados, en la región del humo y de las gondolinas, á través de un bosque sin fin de tubos de chimeneas, de banderolas, de veletas, de buhardillas; se ven mil pequeñas alturas desconocidas de aquella informe, caprichosa y solitaria arquitectura, que pulula como la vegetación salvaje de un inmenso campo pensil del último piso de la gran ciudad; se descubren mil pequeños misterios de ventanillas, de cuevas humanas, de casas como jaulas, que parecen suspendidas entre el cielo y la tierra, en las cuales, sin embargo, anidan numerosas familias con sus jardinitos aéreos; se ve allá abajo, en las calles, la negra multitud sobre la que se pasa como por un torrente, sin sentir apenas el ruido; y todo se percibe alrededor hasta muy lejos, con ojo avizor, á veces el Támesis, los mástiles de los buques del puerto, el verdor de los inmensos parques, las chimeneas de las fábricas de los arrabales, y todo, menos los límites de tan maravilloso panorama.

Pero aún me faltaba pasear un poco en ómnibus; subí á lo alto del primero que ví, me dejé conducir al término de la carrera y volví al punto de partida. En esta caminata tuve muchas veces ocasión de admirar

la familiarísima desenvoltura con que cualquiera de mis vecinos, para pasar de un lado á otro, se servía de mis hombros como de punto de apoyo, haciéndome sentir un momento el peso de toda su persona, y dándome, en el acto de separar la mano, una vigorosa sacudida como un gimnasta que arroja la percha después de saltar la cuerda. El primero que me hizo este servicio, como me cogió de improviso, me dejó destroncado. Como es natural, me volví, á lo menos para tener la compensación de una sonrisa que dijese: «dispense». ¡Quíá! Me había vuelto la espalda sin tomarse la molestia de mirarme. Viendo que esto era costumbre, tomé mis precauciones, y en cuanto veía á un vecino extender la mano, le ofrecía el hombro diciendo:—«sírvas»—y así, estando firme hasta que se hubiese servido, no me derrengaban tanto.

En el mismo ómnibus tuve el placer de persuadirme de que se puede conversar gustosamente sin entenderse, y esto fué una compensación de la gimnasia. Un joven que estaba á mi lado me dirigió la palabra en inglés. Yo le respondí en francés:—No comprendo nada. Él no entendió lo que le dije y siguió su discurso riéndose.

Le hice seña con la cabeza de que no se incomodase, que era gastar saliva en balde. La casualidad dispuso que aquel *no* viniese bien á una pregunta que me habia hecho, y continuó más animado que antes. Como mi hombre hablaba con tanto gusto, fingí que comprendía sonriéndome á medias y haciendo gestos indeterminados que no podían ser contrarios á lo que hablaba. Después, como me empezaba á fastidiar de representar aquel papel, pensé que puesto que él me hablaba en una lengua que yo no comprendía, bien podía yo hablar en otra que él no conociese, y me puse á hablar en italiano. Era ya noche cerrada; me dió con familiaridad una palmada en la rodilla, y se puso á escuchar con tanta curiosidad como si le hubiera tarareado un aria; y vuelta á hablar inglés, hasta que, con reciproca satisfacción, el ómnibus se detuvo; bajamos, me regaló la guía de una *Sociedad de navegación de vapor*, de la que sospecho seria agente, y nos separamos estrechándonos las manos como dos personas que han estado completamente de acuerdo sobre todas las cuestiones del día.

Por la noche no tuve valor para desafiar el *spleen* y me quedé en la fonda. Si hubiera

tenido allí alguien que me hubiese querido oír, pagándole, le hubiera dado con gusto media libra esterlina; tal era la necesidad que sentía de desahogarme charlando, después de haber visto tantas cosas sin poder hablar de ninguna. No sabiendo qué hacer, me puse á buscar las comparaciones y las imágenes de que me serviría en casa para dar una idea de la grandeza de Londres, y como desde muchos días antes no hacía más que hojear *Guías* y hacer preguntas á cuantos encontraba, no me faltaba materia.

—Has de saber—decía yo á una silla encargada de representar á un íntimo amigo—que Londres tiene diez y seis millas de largo y treinta y cinco en cuadro; que los pueblos que poco á poco se le van agregando cuentan una población como la de Florencia, por ejemplo, Greenwich, la población de Roma como Chelsea, ó la población de Marsella como Hackney; que tan sólo con los criados de Londres se puede formar un ejército más numeroso que el ejército italiano en tiempo de paz; que con las luces de gas que iluminan sus diez mil calles, se puede alumbrar una que tenga de largo la cuarta parte de la circunferen-

cia de la tierra; que, suponiendo que se necesiten diez litros de cerveza para emborrachar á un alemán, con la cerveza que se bebe al año en Londres hay para emborrachar dos veces al ejército alemán en pie de guerra; que poniendo una tras otra todas las reses que cada año se comen en Londres, se puede hacer una fila que atraviese toda la Europa desde el Estrecho de Gibraltar hasta la extremidad más septentrional de Rusia; que con las ostras que todos los años se engullen en Londres, se cubre todo el Campo de Marte de París, el Puente de Jena y la Plaza del Trocadero, y que por el Puente de Londres pasan todos los días unos veinte mil vehiculos...

A la mañana siguiente fui á ver el palacio de Cristal.



III

EL breve trayecto que media entre la estación de Vitoria y el palacio de Cristal ofrece la variedad de un largo viaje. Se pasa primero por entre otros trenes rapidísimos en un ancho puente que parece una plaza colgada sobre el Támesis, en las que las ruedas se cruzan con tal frecuencia que presentan una casi continua superficie de hierro. Se pasa junto al gran parque de Battersea. Después hay una serie de estaciones, de galerías, de talleres rodeados de cientos de casas de obreros que forman como pueblos dentro de la ciudad; todas las casas son de una sola forma y de un solo color, cada una con su pequeño huerto, y en todas partes enjambre de chiquillos. Después otros parques, osamentas de enormes edificios, bocetos de pequeñas ciudades, que estarán terminadas y habitadas dentro de pocos meses, almacenes, jardines, castillos, cementerios, y hasta